

BOLETÍN

Año XIII.—Núm. 144.

DE LA

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE EXCURSIONES

— MADRID. — FEBRERO DE 1905. —

* * * * *

Director del BOLETÍN: *D. Enrique Serrano Fatigati*, Presidente de la Sociedad, Pozas, 17.

Administradores: *Sres. Hauser y Menet*, Ballesta, 30.

→ Fototipias. ←

Las cuatro láminas sueltas que acompañan á este número, y tres de las que se publicarán en el siguiente, son ilustraciones del erudito y bien pensado trabajo de nuestro nuevo consocio el Marqués de Figueroa, en el que se describe y estudia la excursión brillante que ha dirigido D. Vicente Lampérez por Mérida, Cáceres y Plasencia.



Impresiones de una excursión á Mérida, Cáceres y Plasencia.

Libre de preocupaciones y quehaceres, que por algún tiempo me apartaron de cosas literarias y artísticas, en verdadero asueto por fin, proyectaba alguna excursión de arte ó de naturaleza, salida al campo de esas preferentes aficiones, cuando supe, por mero acaso, de la visita que la Sociedad de Excusiones tenía preparada, en inmediata fecha, á Mérida, Plasencia y Cáceres. Quiso, pues, mi buena fortuna que, ya que no saliera muy bien del año pasado, entrase de inmejorable manera en el presente. Estaban cayendo las doce y esperábamos en íntima tertulia familiar que diese el reloj las campanadas, cuando casualmente vino á mis manos el último número de la REVISTA DE LA SOCIEDAD DE EXCURSIONES, con el anuncio del viaje á Extremadura. Me sedujo la idea, manifesté vivo deseo de ser de la partida, propósito que me estimularon á realizar los Sres. Pérez de la Oliva, allí presentes, y así, tomando uvas de Almería y planeando la excursión extremeña, entró el año de gracia de 1905.

El mismo día 1.^o envié al Sr. Lampérez, director de la excursión, ruego expresivo para que me permitiese acompañarles y encargo de que me presentase á la Sociedad. Y cátame ya, tras inmediata y favorable contestación

del ilustre arquitecto, miembro de una de las Sociedades más interesantes, más utiles que hay en España, y sin que acierte á comprender cómo he tardado tanto en estar dentro de ella, estando ella de antemano tan dentro de mi afición y de mi espíritu. Así sucede que muchas veces tenemos cerca la fortuna, puede decirse muy á mano, sin que nos enteremos de su proximidad hasta que la casualidad, supliendo con ventaja el esfuerzo, nos depara aquello mismo que no acertábamos á encontrar, distraídos ó perezosos. Momento pues afortunado y casual el de la invitación para un chocolate con uvas, en que nos sorprendió, en plena disquisición artística, el año de gracia que corre.

Todo tiene sus quiebras é inconvenientes, incluso la amistad, y aun la amistad mejor, la más ajena á interés, la inspirada por el arte, y quiebra fué para mí el recién llegado, y no en ese solo concepto el último, el extraño además, no quiero decir el *pervertido* de la antevíspera, pero sí el *convertido* de la víspera, verme obligado, por coacción de amistad, á ser el que contase las impresiones y los lances de la excursión. Calla por esta vez la crítica de arte que tantas veces se ejercita desde las columnas del BOLETÍN.

Valgan por lo que valieren, ahí van mis impresiones, y he de confesar que tienen en este caso un valor de que carecerían si me hubiese lanzado sólo á visitar monumentos y formar juicios. Viajando con la dirección del Sr. Lampérez y en compañía de tantos inteligentes en arte, ocurré que las observaciones se comunican y se aquilatan, las impresiones ligeras se modifican, y el sentir y el parecer de todos, compenetrándose en parte, y en parte corrigiéndose, da como una resultante de opinión colectiva, á cuenta de la que debo poner los aciertos de la presente crónica.

Fueron mis compañeros—varios eran antes, todos son ya ahora mis amigos,—además del director de la excursión Sr. Lampérez, el conde de Cedillo, D. Pablo Bosch, el marqués de Villasante, el Sr. González Arnao, Argamasailla de la Cerda, Quintero, Avilés, los Olivas, es decir, académicos, escritores, colecciónistas, críticos... y fotógrafos. Esto último por mera afición, pero con arte que ya quisieran para sí muchos profesionales.

Salimos para Mérida el 3 de Enero por la noche, y tras las pláticas del caso, todo arte, todo historia, todo buen humor, que mezclaba con los graves temas chanzonetas é ingeniosidades, y no sin descender en varios andenes á contemplar, tiritando, el espléndido cielo invernal, y entrever á su claridad relativa la dilatada llanura manchega, pudimos, holgada y cómodamente instalados en tres departamentos, entregarnos al descanso, que hubiera sido más grato y reparador sin lo intempestivo del despertar en Almorchón, lugar obligado de desayuno, á cosa de las seis de la mañana. La hora era mala, y peor y escaso el desayuno. En un presupuesto de dos ó tres viajeros, media docena á lo sumo, tenía que descabalar y perturbar el refuerzo de los excursionistas. Da esto idea de lo que aquí se viaja, ó á lo menos, de lo poco que usan de las fondas los viajeros; la generalidad llevan merienda. Hay más trenes botijos de lo que parece y se dice. Volvimos al coche y al descanso, y entre sueños oímos el pregón de las estaciones extremeñas; pero pronto lo hermoso del sol, despabilándonos, nos invitó á ver el espectáculo de ricos campos escarchados, en la comarca de Villanueva (Vesci) la Serena y la abundosa, de Don Benito, que lleva satisfecho el nombre del donante ilustre de las tierras en que se fundó, con daño de Medellín, compensada esta villa sobradamente por la singularísima gloria de ser cuna de Hernán Cortés.



ACUEDUCTO ROMANO (LOS MILAGROS)

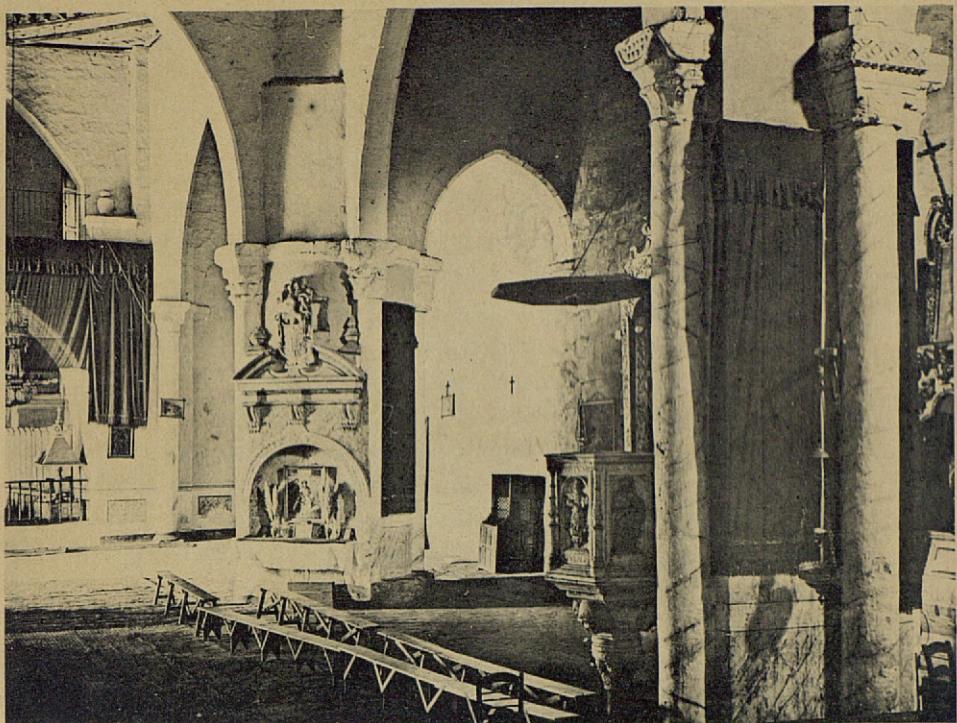


T. PEREZ OLIVA, FOT.

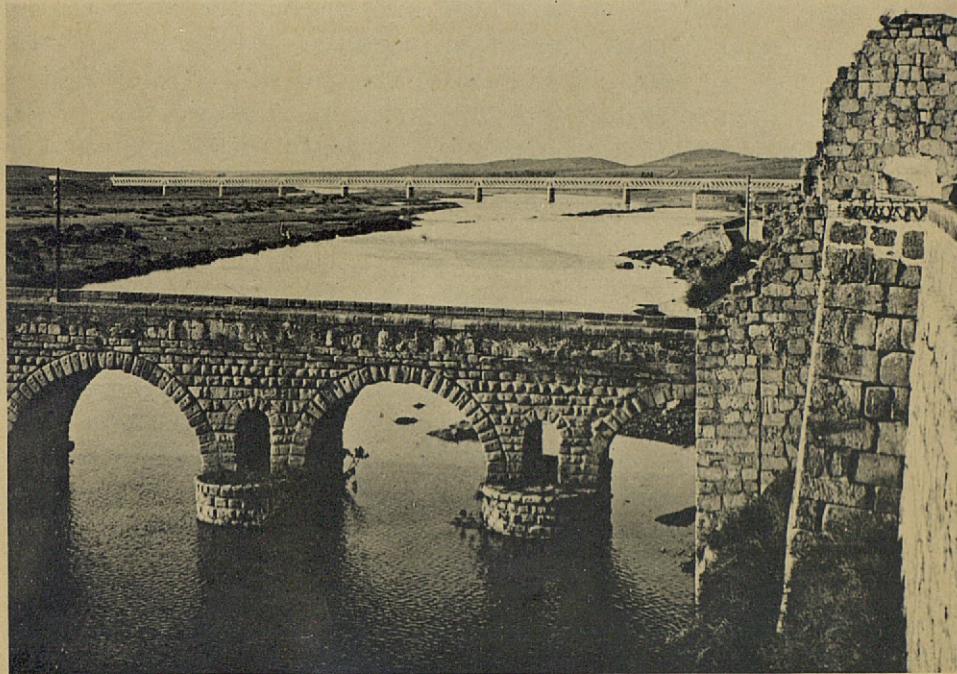
Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

TEATRO ROMANO

MÉRIDA



INTERIOR DE LA IGLESIA DE STA. EULALIA



T. PEREZ OLIVA, FOT.

Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

PUENTE ROMANO SOBRE EL RIO GUADIANA

MÉRIDA

A la llegada á Mérida, al descender del tren, y previos los saludos á varios emeritenses que nos daban la bienvenida, llevaron nuestros ojos los pilares enhiestos, arrogantes, elegantísimos del acueducto, y allá fueron nuestros pasos, para ver de cerca, al pie mismo de los milagros, lo airoso y bello de su traza, su carácter y aparejo, y allí reconstituir fácilmente con la imaginación cuanto falta de los arcos sobrepuertos, que eran tres por arcada, y darian al conjunto de la obra, según se puede apreciar por los restos, armónico y bellísimo carácter. Comprobamos desde luego el acierto de la inspiración popular al denominar *los milagros* del Albarregas á los restos del acueducto. Milagro son, porque de milagro viven, objeto del abandono, si no de la enemiga de los hombres. Así ahora, y en ello está, por si hacia falta, la confirmación del aserto popular, la empresa del ferrocarril intenta ampliar la línea tirando uno de los pilares, precisamente el *milagro gordo*, el más interesante de todos, el del ángulo, que por esto, distinto de los demás, más ancho y fuerte, es de más interesante estudio. Milagro será que viva, pero de algo pudiera valer el que la Sociedad de excursionistas lance desde aquí, con voz de su último recluta, un *alerta*, á que debe esperarse conteste el Ministro de Obras públicas con un *alerta está*, en atención al caso, á la Sociedad y aun á la voz amiga que da el alerta ahora, y hace días solamente daba la bienvenida al Sr. Cárdenas en el Ministerio (1).

Más allá se descubren restos del acueducto en San Lázaro. El sol bañaba los campos emeritenses y mostraba en plena luz las ruinas, que ganarían encantos y aun apariencia milagrosa, contempladas en noche de luna, luminaria propia para quitar á las ruinas su relativa precisión, envolviéndolas y rodeándolas del atractivo de la vaguedad. Nos esperaban á la entrada del puente, sobre el Albarregas, varios coches con enganche de valientes jacas ó recias mulas, que nos trasladaron rápidamente á otros no menos interesantes lugares. Empezamos por el hornito de Santa Eulalia, que ofrece en su atrio un verdadero interesante muestrario de labradas piedras romanas puestas allí como tributo de la civilización pagana, de que es gloria principal Santa Olalla la mártir, de Mérida.

Santa Olalla, la patrona
de Mérida la florida,
el sangriento Diocleciano
mandóla quitar la vida (2).

Sobre cuatro pilastras dóricas de mármol blanco y dos columnas recortadas de mármol jaspeado, descansa el entablamento, que luce sobre blanco mármol molduras con figuras de mujer y florones, alternadas, y esto y los medallones con representaciones guerreras, dan singular atractivo al monumento, colocado ante el horno de la santa, lugar é imagen que sólo cuentan para la devoción cristiana, como sólo cuentan las viejas piedras y labores, de tiempo y civilización que la precedieron, para la devoción artística.

Visitamos en seguida la inmediata iglesia de Santa Eulalia, que tiene de interesante el ábside, á que algunos asignan origen visigótico, pero que se-

(1) Los incidentes de nuestra política, que hace años llamé cinematográfica, y ahora no sé cómo la llame, han llevado al Ministerio de Obras públicas al Sr. Marqués del Vadillo, al que traslado las observaciones del texto.

(2) Canción popular.

meja obra del siglo XII, hecha con piedras procedentes de monumentos romanos; que así andan confundidos en Mérida estilos y elementos de construcción. Por lo demás, la iglesia del siglo XV es de mala traza, lo que desde luego se aprecia en su nave y arcos, mereciendo sólo fijar la atención —también del siglo XII—los capiteles y la ventanita geminada, puesta sobre la capilla mayor. Fuera del transepto, de crestería, es de madera la techumbre, y cubre la parte inferior mal artesonado mudéjar. En una puerta lateral románica observamos el arco de herradura, que la crítica moderna tiene por visigótico en su origen (y de aquí tal vez las opiniones citadas respecto á la iglesia), aunque tomado y variado después por los árabes, punto de singular interés arqueológico, en que oyendo al maestro Lampérez, volvían á mi memoria recuerdos de discusiones á que ha dado lugar nuestra gallega capillita de Celanova, una de las mayores y más comentadas curiosidades del arte en aquella región.

A la entrada de la ciudad, ocupando el centro del paseo, está el monumento á Santa Eulalia, columna formada con aras gentilicias de verdadero mérito. Y sólo lo gentilicio es artístico en el monumento, pues la imagen que huella con sus plantas tales restos paganos, carece por completo de belleza, como si allí y en el hornito se hubiera huído de dar artística expresión á lo que sin duda querían la tuviese sólo espiritual y religiosa, aunque tampoco la alcanzasesen.

El Circo, la Naumaquia, el teatro, dan idea de lo que fué un tiempo ciudad tan grande y magnifica en sus monumentos, como espléndida y ostentosa en sus fiestas. En lo más alto de lo que son hoy alrededores de la ciudad, estaba la Naumaquia, de que sólo se advierten las líneas, figura del elíptico estanque, que recogía las aguas de las cañerías llamadas del Borbollón y San Lázaro. Era el lugar de las fiestas navales, ficción de combates en que, según lo reducido del estanque, mucho tendría que poner, para que resultara la ficción, la imaginación de los espectadores.

Mejor que la Naumaquia se aprecia el Circo máximo ó hipódromo, no tan distinto en su aspecto y traza de nuestros hipódromos modernos, y que daba cabida á extraordinario concurso de espectadores, ávidos de contemplar los celebrados juegos circenses, alardes de vigor y destreza corporal, muy propios de ciudad tan llena de las modas y de los gustos romanos. En el centro se conservan restos de argamasa de una construcción, que era la espina ó estadio, centro de las carreras, en cuyo extremo se notan los pozos casi cegados, y era lugar que cubrían los trofeos para los vencedores, atributos de las divinidades paganas, alegorías, jeroglíficos. Según Moreno de Vargas, el Circo se dedicaba también á fiestas navales (1).

Del gran teatro se conservan restos de las gradas, que formaban tres órdenes. Hoy aparecen siete grupos, y de ahí la denominación popular de las siete sillas. El de Sagunto, á que se atribuye origen griego por su disposición, colocado en una ladera, y éste de Mérida, romano, son los monumentos de su género más importantes en España. Entramos por los hermosos arcos de sillería, medio sepultados en el terreno, que están en el frente, y por los que se abren en el circuito bajo la gradería, y en el interior hallamos rastros de humana vivienda: la miseria, que pide habitación á los corredores y am-

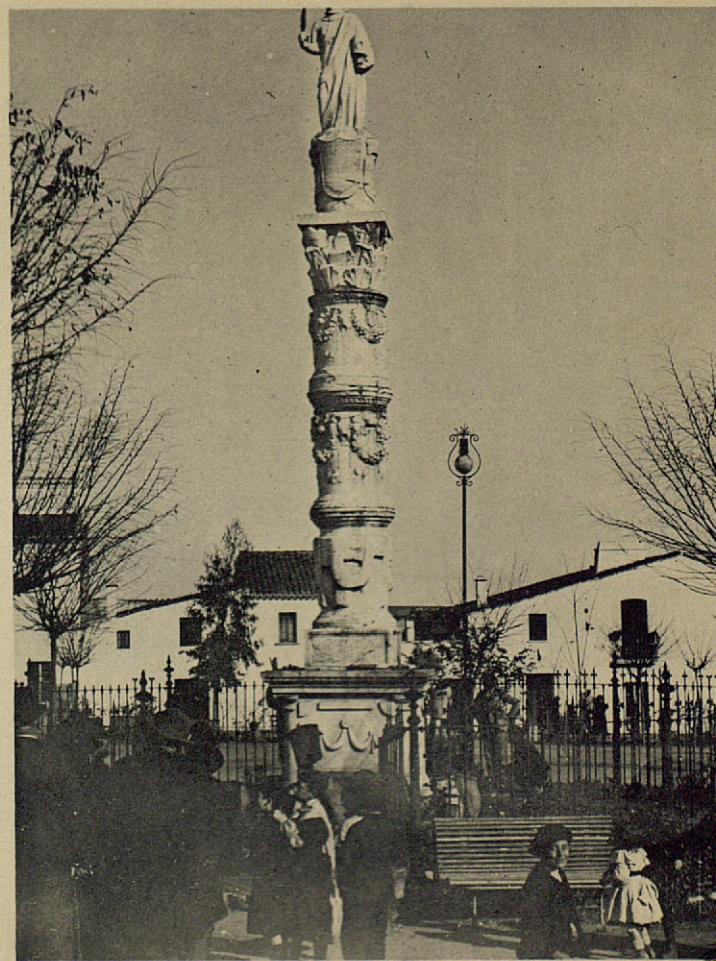
(1) Se ha supuesto así por lo reducido de la Naumaquia.



J. ARGAMASILLA, FOT.

PILASTRÓN DEL ALJIBE DEL CONVENTUAL

MÉRIDA



T. PÉREZ OLIVA, FOT.

MONUMENTO Á STA. EULALIA

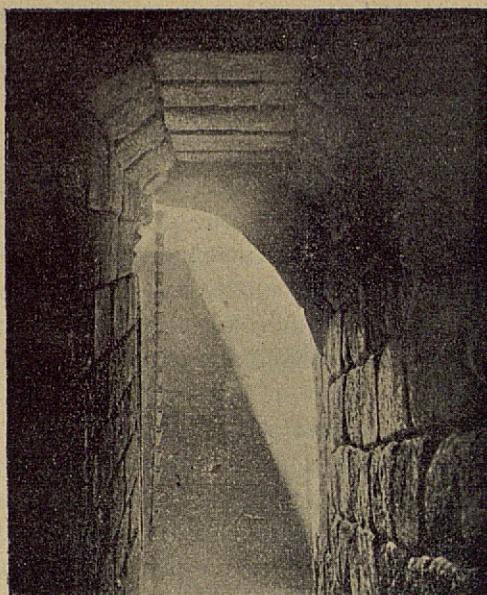
Fototipia de Hauser y Menet - Madrid

paro á las bóvedas, para preservarse de la intemperie, y que contribuye activamente á la obra de destrucción. ¡Qué contrastes y qué mudanzas! Son los lugares que congregaban las diferentes clases, según disposición jerárquica, llenando los tres órdenes de graderías y el *podium*. D. Gregorio Fernández y Pérez, en su *Historia de las antigüedades de Mérida*, trae descripción detallada de los frentes del teatro, de sus entradas y del interior del mismo, refiriéndose especialmente á los trabajos del anticuario D. Manuel de Villena. Pudo ser este trabajo, origen del descubrimiento y conservación del teatro famoso; pero lejos de eso, continuó el abandono y sigue oculta toda la parte del escenario. Comentábamos, á la vista de los restos, lo fácil que sería completarlos, lo muy interesante de esa investigación; pero pienso ahora si el enterramiento no será un modo, quizá único, de relativa conservación, pues puestos al aire, los rigores del tiempo y el maltrato de los hombres, habrían dado buena cuenta de lo que ahora la madre tierra defiende, para que quizá lo aprovechen investigadores futuros. No basta el espíritu inquiridor de algunos, si no le corresponde el interés y cuidado de todos, pues hay, en definitiva, que obtener de la general cultura, de espíritu colectivo inteligente y respetuoso, la principal, la mayor garantía de conservación para las obras de arte. ¡Qué distante de tales cosas está la afición de las gentes! Más que el Circo máximo, recuerdo de luchas, atrae la lucha de hoy, la del circo taurino, y para esto si que hubo iniciativa y esfuerzo, afortunadamente malogrado. La plaza de toros quedó á medio hacer; pero en tanto, el remover la tierra para cimentarla, dió lugar á que se descubriesen cuatro buenas estatuas, la mejor una que en el redondel espera que termine la disputa sobre su propiedad, y en tanto es objeto de desperfectos y mutilaciones que, insistiendo en lo dicho, dan que pensar si será mejor enterrarla. Por lo demás, esto indica cuántos preciosos descubrimientos podrían hacerse, convirtiendo en lugares de estudiada investigación, las tierras, de pan llevar, que cubren los cada vez más sepultados restos del Circo, la Naumaquia y el teatro. Bueno es que siquiera haya en Mérida lo que no hay en todas partes, un puñado de inteligentes, de amantes de las reliquias históricas de las piedras viejas, que las conozcan, estimen y enseñen con el amor y celo que muestra nuestro acompañante D. Carlos Pérez Toresaño.

Lástima que en día así y en plena vida de contemplación artística y aun anterior reconstitución histórica, no queda emparejarse de las tiránicas exigencias de la vida corporal que, al contrario, se muestran más apremiantes que en la misma vida cotidiana; y es que estas visitas causan verdadera extorsión con el mucho andar y el estarse quieto en contemplación, que hace olvidar la incomodidad, hasta que ella es tanta que vence; el almuerzo, no por poco frugal dejó de ser breve, y hétenos ya otra vez á un extremo de Mérida, en uno de los más bellos lugares, donde recibimos las más gratas y, sin duda, las más duraderas impresiones. A bien que el Conventual, residencia de pretores, de duques y de maestres en dominaciones sucesivas, de que fué la última la de la Orden de Santiago, muestra en suma y combinación muy feliz, primores de arte y encantos de naturaleza, que hacen del placentero huerto, lugar de estancia incomparable, según es de hermoso el panorama que se descubre y de regalado en frutos el lugar, y de serena y apacible la atmósfera, todo lo cual deja, sin duda, en el sentido y en el ánimo una impresión tan grata del vivir, que mereciera para cantarse y celebrarse inspiración de la misma musa ho-

raciana. Es recinto circuado de altos muros, en parte muralla romana, resto de la antigua de la villa, como la del puente (que desde el Conventual se descubre), de aparejo mayor. A la entrada del huerto, apoyados en la muralla, se muestran fragmentos de arte muy notables, columnas clásicas y visigóticas, pilastras de este origen, capiteles romanos.

Trozos de construcción latina-visigótica, que exornaron, opinión de D. José Amador de los Ríos, la Iglesia Metropolitana de Santa María y la Basílica de San Juan, los encontramos ahora incrustados en las escaleras, que descenden al baño, haciendo oficios de dinteles y de jambas en la extraña y singular construcción del aljibe ó cisterna, al término del bellísimo huerto, poblado de olivares y naranjos. No cabe pararse á describir las pilastras visigóticas (que son en número de ocho), detallando tan admirable labor, el serpenteado tan



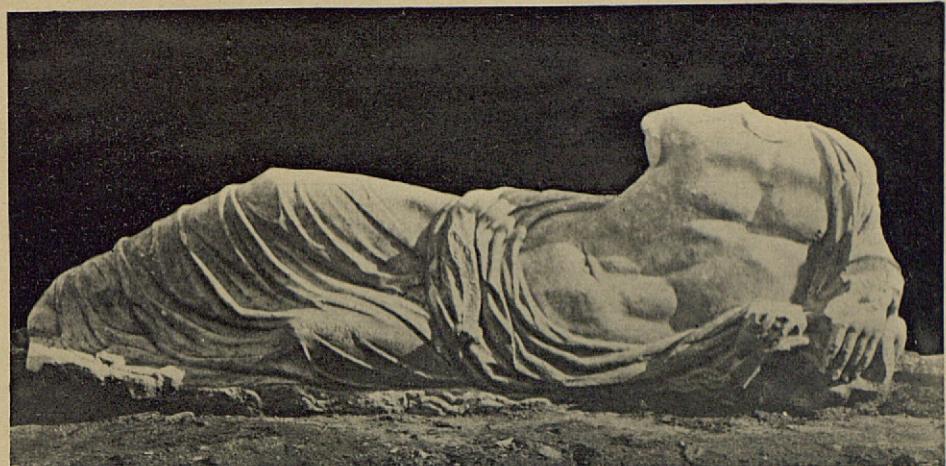
MÉRIDA.—*La cisterna del Conventual.*

(Fotografía del Sr. T. Pérez Oliva.)

característico de las vides, los dibujos geométricos, los clásicos y ricos capiteles; pero, además de ofrecer aquí muestra fotográfica, en la obra *Monumentos arquitectónicos de España* se encuentra detallada y notable reproducción de todos esos primores, amén del extenso artículo de Amador (1).

Lo extraño en la traza y desconocido en el objeto de la cisterna, lo largo de las escaleras por donde se desciende al pozo, en directa y próxima comunicación con el Guadiana, con lo que se renuevan siempre aquellas aguas, á la sazón quietas y turbias; lo misterioso del lugar y en parte lo tenue é indistinto de la luz, excitan la imaginación del visitante á soñar vida fastuosa, en mansión de que fuera parte el que ya señaló la imaginación popular, como baño de la mora. Hembra de muchos quilates debía ser, mora, cristiana ó pa-

(1) Deben ser interesantísimos los dibujos de Mérida que hizo Juan de Herrera, por encargo de Felipe II, y que se perdieron en el incendio del Real Alcázar, año 1734. Poco después, según Viu, hicieron descripciones y vistas Velázquez, Cornide y el dibujante Rodríguez.



ESTATUA ROMANA ENCONTRADA EN LAS OBRAS DE LA PLAZA DE TOROS



M. GONZÁLEZ ARNAU, FOT.



Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

RESTOS VISIGODOS EXISTENTES EN EL MUSEO

ESTATUA ROMANA ENCONTRADA EN LAS OBRAS DE LA PLAZA DE TOROS

MÉRIDA

gana, la que gozara en semejantes lugares, de cuya hermosura no se da plena cuenta quien no suba al muro y desde lo más alto contemple todo el cercado, y fuera divise, á lo largo y á lo ancho, á Oriente y á Occidente, el panorama espléndido del Guadiana, al correr por campos, cada vez más amplios, que limita hacia su origen el monte de Alange, emplazamiento de famoso castillo, y mirando aguas abajo, se dilata entre colinas de suave ondulación; es término próximo del cuadro, el larguísimo puente romano, primitivo en algunos cuerpos, reedificado sucesivamente en otros, y hacia el medio del puente el arenal, los restos del mercado romano. Si hermoso es hoy tal espectáculo, ¿qué no lo sería cuando lo animasen con vida y movimiento extraordinarios, surcando el entonces navegable río (Estrabón), naves que atracasen á la isla contigua al puente y centro del tráfico, para descargar los raros exóticos productos, en comercio de muy distintas gentes y mezcla de muy diferentes lenguas? Emporio de civilización sería Mérida que realzase bajo su limpio bellísimo cielo meridional, en clima muy suave y grato, naturaleza tan bella y engalanada y mejorada por superior arte del cultivo (1), todo lo cual colmase de nombradía á la ciudad, de vanagloria á sus hijos, de satisfacción á sus visitantes innumeros, de entusiasmos y encomios con que, celebrándolas, emulasen tales pompas, á sus cantores y cronistas.

Mérida, decaída y pobre, es aún atractiva. Limpia, pulcra, enjalbegadas sus paredes hasta la exageración—como que cubren á veces las mismas canterías,—bajas las casas, con patios á la andaluza y con cuidados jardines en que, por excepción, erce la palmera, que se yergue mostrando su penacho sobre el caserío y prestando, á población que tanto sabe ocultar la vejez, bajo capas de blancura, cierto aire y aspecto entre levantino y meridional; observaciones tales vienen á la mente ante el golpe de vista de la villa ó al recorrer las calles angostas, escudriñando los portales, según hacíamos nosotros, camino del palacio de los Corbos. Pasamos antes por donde estuvo el de los duques, allí condes, de la Roca, viejo torreón y casa grande del siglo XVI (así lo afirman crónicas y relatos), que debía ser semejante en carácter, estilo y traza, á los palacios de Cáceres; lo derribaron poco ha, para levantar un feo edificio destinado á escuelas, poniendo en olvido que á Mérida, escuela de antigüedades, es este carácter el que sobre todo le cumple conservar.

El caserón de los Corbos guarda, ó más bien oculta, las muy altas columnas estriadas, con capiteles corintios, peristilo del templo de Diana. Son muy pocas las columnas que, aisladas, lucen al aire su esbeltez; empotradas otras en los muros, aprovechado el viejo templo para la moderna casa, apenas hacen más que asomar sus líneas y mostrar sus estriás. Y cabe colegir, contemplando las columnas y lamentando la extraña combinación, lo muy bello que sin duda era el templo de Diana. Pasamos después bajo el atrevido arco de Trajano, desnudo de ornamentación, pero no de grandeza. Pusimos término á la bien aprovechada labor de aquel día, visitando el Museo (á decir verdad Museo es toda Mérida), que tiene cosas de verdadero interés, entre las que se cuentan inscripciones romanas (abundantes en Extremadura) (2) y otras visitadas, pila de este mismo origen, ajimez del atrio ducal, mosaico romano y

(1) Se considera por varios como principal objeto de la cisterna el riego del huerto, aplicación de los árabes muy dados á mejoras de este género.

(2) Viiu: *Antigüedades de Extremadura*.

dos fragmentos de esculturas romanas. En casa de D. Carlos Pérez Toresano vimos varias cerámicas y algunos bronces, y antes, en otra casa particular, un busto, todo ello de civilización romana.

Habíamos menester descanso, y lo tuvimos antes de retirarnos á la fonda, haciendo un alto en el casino, amplio y elegante, siempre acompañados de nuestros colegas los correspondientes de la Sociedad de Excursiones, del inteligente alcalde Sr. Pacheco y del capitán de la Guardia civil D. José Ferreras, que hizo muy estimables y estimados oficios de aposentador, y también atendidos por el distinguido escritor Sr. Trigo, por el Director del Colegio de segunda enseñanza y por otros. Quisimos visitar el Colegio, de que tanto bueno oímos, pero no pudo ser. No lo extrañe su director. Nuestro interés estaba en lo retrospectivo; era excursión de arte, y para lo que el arte en Mérida necesita, y según lo que atrae y embarga, el tiempo venía muy escaso.

Al día siguiente, muy á primera hora de la mañana, bajábamos algunos de los excursionistas al famoso puente romano; lo habíamos visto desde el Conventual la tarde del día anterior; queríamos ahora dar la despedida al puente, al río, á sus márgenes y, sobre todo, al Conventual, atractivo por si y más por sus remembranzas de las varias civilizaciones, origen para Mérida de bienes y glorias que truncó la discordia árabe, convirtiendo aquel lugar, objeto de sus codicias, en campo de béticas luchas, con lo que las artes de la paz se paralizaron y los monumentos de la pasada grandeza cayeron en ruinas. Durante siglos, cada día trajo su daño; constantemente se laboró en la empresa de deshacer lo que, muy estimado, al apreciarlo fragmentariamente, bien se induce lo que sería cuando Muza-Ben-Nossay decía extasiándose ante el espectáculo de Mérida: «¡Bien haya el predilecto mortal á quien Alah concede sefiorear ciudad tan soberbia!» Pensábamos en esta salutación de Muza al despedirnos y alejarnos de Mérida, aunque bien la podíamos substituir con estrofas de Barrantes, el ilustre vate extremeño, que, sin duda, pensaba en Mérida, ia tomaba como emblema, al decir las tristezas de la patria:

¡Ay! ¡Adiós, patria! ¡Adiós, gloria!
¡Pasado que se derrumba!
 ¡Adiós, todo!
Pueblo que llenó la historia
está mejor en la tumba
 que en el lodo.

II

Corre la linea férrea de Mérida á Cáceres, aun despues de apartarse de la proximidad del Guadiana, por tierras bajas y palúdicas, que adornan y sanean hileras y grupos de eucaliptus. A poco se comienza á subir entre lomas cubiertas de alcornoques y encinas, extensas dehesas, á trechos bastante descuidadas, lo que, advertido por nuestro acompañante D. Fernando Valhondo, dió lugar á que recordáramos polémicas del Parlamento y temas de los Congresos agrícolas, aunque refiriendo lo uno y lo otro á palabras de Meléndez Valdés cuando decía en el discurso que escribió para la apertura de la creada Audiencia: «Montes y malezas ocupan terrenos preciosos y extendidos que nos

están clamando por brazos y semillas, para ostentar con ellas su natural feracidad y alimentar millares de nuevos pobladores.»

Poco después, dejadas atrás las pequeñas lomas, cruzábamos con velocidad relativa la llanura. Apenas descubríamos en tan vasta extensión tal cual caseta baja, algún cerco en que encerrar ganados. Puede decirse que lo único que sobresalía, que destacaba, paralelas las líneas de tierra y cielo, era el pastor, que mientras apacentaba á su alrededor los rebaños, permanecía él quieto, extático, en verdadera, y verdaderamente simbólica, actitud de indiferencia. Abundaban los ganados de piel clara, los que muestran así en su aspecto venir de las sierras y que antes del calor estival volverán á los montes: á Gredos, á Béjar, al Guadarrama y aun á los distantes de León, que así trashuma la cabaña, con vida difícil, en busca del regalo de los pastos sabrosos, cada vez más estimados y encarecidos. Todo sube y cambia menos el pobre, el clásico pastor, que ese permanece el mismo, siempre colgada de sus hombros la tradicional capa parda, envuelto en sus pellicos y zahones, curtida la tez por constante intemperie que le hace recio, como le sostiene magro la sobriedad de su mantenimiento—sopas de ajo, migas, y cuando lo quiere Dios, tal cual torrezno—y siempre igual como en la vida, en el carácter, tranquilo, indiferente á cuanto vive y le rodea. No sé si tiene indiferencia interior. Quizá se descubriera que, por lo menos, no es tanta como figura, si le quitaran aquellas perspectivas tan dilatadas y tan bañadas en luz, del llano y de la sierra, vida libre, ambiente puro y sereno, que son todo su inconsciente goce, que sólo pudiera apreciar por reflexión si llega á perderlo. La única movilidad, el único cambio del pastor, está en el trueque de la sierra por la llanura y de la llanura por la sierra, sucediéndose con la periodicidad de las estaciones...

Poco antes de llegar divisamos un edificio de apariencia, el caserón de los condes de la Enjarada, Carvajales, principalísimos magnates extremeños. Momentos después, aparecían por la otra banda unos cerros que recuerdan ligeramente algunos de la sierra de Córdoba, también salpicados de caserío blanco; en lo alto la ermita de Nuestra Señora. Nos esperaban en la estación el Director del Instituto, Sr. Castillo, y D. Lesmes Valhondo, que no se separaron de nosotros durante nuestra estancia brevíssima. Fueron pocas horas pero bien aprovechadas; después del almuerzo excelente y de saludar en su casa á los señores de Valhondo, que nos obsequiaron con esplendidez, puede decirse que en toda aquella tarde, no nos dimos punto de reposo.

Desde el balcón de la casa de los señores de Valhondo observamos breves momentos la plaza, irregular, mucho más larga que ancha, pero de muy buen aspecto, que sólo ofrece interés artístico en el torreón y lienzo que descubre de la vieja muralla, abierta para dar paso por el arco de la Estrella al cerro, *Castra Cæcilia*, que escalonan y festonean torres y palacios agrupados en desordenada confusión. Sería muy escénico y pintoresco cuadro el de aquella posición estratégica, colocada en condiciones de defensa natural, coronando la altura el alcázar, defensa y refugio en las revueltas medioevales, de que fueron teatro principal aquella tierra y villa y en que asistieron á los reyes de León los caballeros de la Orden de Santiago, también temporalmente enseñoreada de Cáceres. Perdura el recuerdo de la principalidad é influjo de la Orden, no sólo en las casas fundadas por ilustres caballeros, sino en su iglesia de Santiago, por varios conceptos notable. Lástima que se les haya ocurrido

pintar muros, columnas y capiteles de tan hermosa iglesia ojival. Es, sobre todo, interesante el altar de talla, que Martí Mansó dice de Berruguete, no consultando su personal juicio—pues no lo conocía,—sino documentos de que hace detenida exposición, principalmente el contrato entre D. Francisco Villalobos Carvajal (cumplidor del donante D. Francisco Carvajal, Arcediano de Plasencia) y Alonso Berruguete, sobre las condiciones en que ha de hacer el retablo de la capilla mayor. Y como muriese sin concluirlo, fueron requeridos (y también publica Martí el documento) para la entrega, su mujer é hijo, que acabó el retablo. Y aquí puede estar la razón de las dudas que inspira la talla, sobre la paternidad del célebre maestro. Ateniéndonos á documentos citados por Martí, cabe suponer que Berruguete hijo no tuviese solamente que dar término á obra casi acabada, sino más bien que ejecutar buena parte de ella, y ahí puede verse también la razón de las demoras y reclamaciones.

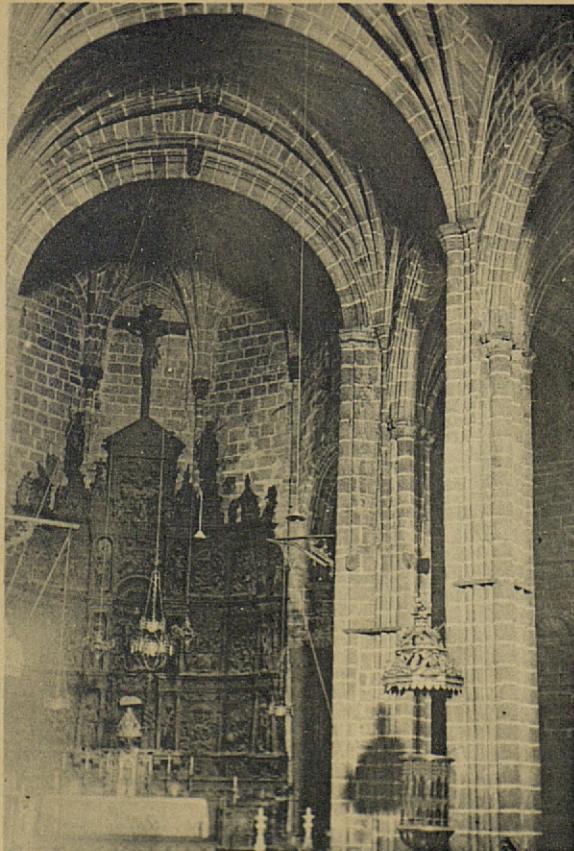
Mejor aún que la de Santiago, y ojival también, es la iglesia de Santa María, y muy de elogiar su retablo, original del maestro Guillén (1), de principios del siglo XVII. Del XVI es el púlpito, muy buen ejemplar de cerrajería artística. Cubren parte del suelo enterramientos, con epitafios y blasones, y sirviendo de apoyo á una pila de agua bendita, hallé unas armas con cinco hojas de higuera y una torre en medio; variedad curiosa de las de Figueroa, de las nuestras, de las que ostenta la torre, el viejo solar, la patricia casa Mariñana. Cáceres ofrece, en los muros de sus palacios y torreones, un verdadero historial heráldico. Es consecuencia natural de la historia de esta villa y tierras, que riñó tan *extremas*, tan prolongadas batallas, y con tanta dureza (2) en el combatir, ese carácter bélico que, impreso en los monumentos, subsiste en sus ruinas. Ahí están, proclamándolo, sus murallas, en que predomina lo medioeval sobre lo romano, y en que tantas brechas llevan abiertas el tiempo y la civilización, no sólo derribando arcos y puertas, sino aprovechando la muralla para construcciones que la ocultan y afean, ya desaparecidos los torreones que, destacando sobre los muros, los completaban y defendían. Impresión semejante producen los palacios, con paredes de gran espesor, que sostienen imponentes torreones; las puertas, de arco de medio punto, formadas por grandes dovelas, y en las torres, matacanes, y en ellas, y sobre las puertas, escudos; y todas estas señoriales mansiones, agrupadas en recinto estrechísimo, y como ellas llenas de sombras y de carácter, las callejuelas que recorríamos sorprendidos. Y es que Cáceres está desconocida; apenas cuenta en las relaciones corrientes de nuestras ciudades artísticas é históricas, que lo uno y lo otro es, con íntimo enlace, causa y razón del interés que desperta.

De las callejuelas más estrechas, más típicas, es la de Aldana, que desemboca frente al palacio del Sol, en reducidísima plazoleta, más bien rinconada.

Al volver desde ésta la vista para enfilar la callejuela, asombrada por los caserones, atrajo nuestras miradas, deteriorada casita mudéjar, de ladrillo,

(1) En la excelente *Revista de Extremadura* publicó el notable escritor D. Daniel Berjano unos artículos muy interesantes sobre la iglesia de Santa María; inserta la escritura otorgada en 1517 entre el mayordomo y diputados de la iglesia de Santa María y los entalladores é imaginarios maestre Guillén Ferrán é Roque de Calduque.

(2) Opina D. Vicente Barrantes que el origen de la palabra Extremadura «no es ni Extrema Dauria, ni extrema hora, como pretende Pedro Barrantes y algún otro historiador local, sino Extremos duros de León, porque allí se guerreaba á la continua, siendo la tierra frontera entre cristianos y moros, tela perenne de trances y encuentros duros».



I. ARGAMASILLA, FOT.

INTERIOR DE SANTA MARÍA



T. PÉREZ OLIVA, FOT.

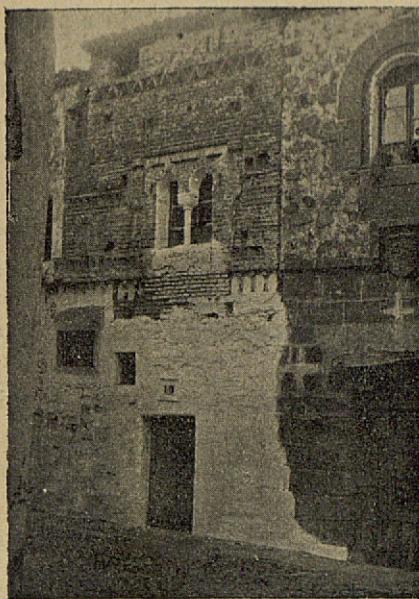
Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

CASA DEL SOL

CÁCERES

con linda ventana geminada de elegante parteluz, apenas apuntadas las mensulitas; miniatura todo ello de casa que, sin duda, tendría, en su pristino ser, otros pormenores, afiligranados dibujos de artífice cordobés, que se complace en evocar la imaginación, tanto por lo que el ajimez tiene de sugestivo, como por lo misterioso del lugar y de la hora, que era la del crepúsculo.

Completa la decoración de la plazoleta, la torre del Sol, que luce la imagen de éste sobre la puerta, y en lo alto el matacán, todo de muy buena construcción, no disconforme como la de otra monumental casa inmediata, también de torre y balcón volado de defensa, con cruces, por donde asomaba el arcabuz. Y aún se ve otro gran balcón volado en la próxima casa del marqués de Camarena. Tiene cada una de estas edificaciones, su originalidad en el detalle, aparte cierta variedad en el conjunto, dentro de la unidad de tipo expresada. La generalidad son del siglo XVI ó del XVII, en que se edi-



CÁCERES.—*Casa mudéjar.*

(Fotografía del Sr. Argamasilla de la Cerda.)

ficó la famosa casa de las Veletas (de los Cervellones), primitiva fábrica árabe construida sobre un aljibe, que nos enseñaron por un ventanillo, en tanto que, asomada á otro de enfrente una moza, prendía fuego en periódicos, y al resplandor de las llamas del rotativo, consumidas inmediatamente, apenas si podíamos darnos idea del pozo, las columnas y los arcos. Es detalle que sirve para apreciar lo que fué tan importante residencia, la balaustrada vidriada de su azotea.

Entre los palacios mejor conservados figura el de Torre-Mayoralgo (siglo XVI). Muy bellos sus ventanales, forman cuadro con el hermoso escudo central. En el patio, que fué de columnas y sólo quedan las de un lado, cegados los otros, nos enseñó el conde de Canilleros, que lo habita, una estatua romana vestida, obra de cierto mérito, pero que pide en silencio y nosotros, supliéndolo, debemos pedir á voces, decapitación que la deje en su propio ser libre del postizo de aquella feísima cabeza.

Pero á todos los otros edificios gana en arte una célebre casa, bello ejemplar del Renacimiento, con crestería de bichas y candelabros abalastrados, que corre todo á lo largo de casa y torre, luciendo ésta con medallones característicos del plateresco, y entre arabescos graciosos, el escudo de que pende cartela, que reza así: «esta es la casa de los Golfines». Sobre la puerta de entrada, luce muy elegante ventana, dentro de un arrabaa, faja ó marco, que, antes de truncarlo, ceñía también la puerta y subía hasta terminar en el arco trilobulado que encierra aún la ventana de dos arcos de medio punto. Acrecienta el interés con que contemplamos ésta bien conservada casa, el ser la que habitó la Reina Católica en la visita á su tan leal, valerosa y estimada villa de Cáceres. Al extremo de la calle de los Adarves está el palacio de Adanero. Lamentable ejemplo de barbarismo el de aquel almohadillado, que interrumpe ó oculta las líneas de una portadita clásica, alterando, ó más bien destruyendo, la idea de verticalidad, por donde produce impresión desgradable en el ánimo y molesta la vista. Volviendo á perdernos en las callejuelas angostas, pasamos por delante de la torre más airosa, más estrecha, la que, por lo mismo, semeja más alta, que es la que lleva el nombre de Torre de las Cigüeñas, enteramente entregada á su habitación y regalo. Confirmábamos allí cierta impresión de soledad, no exenta de melancolía, que, fija en el recuerdo, se sobrepone á cuantos guarda la memoria, de la población vieja, del recinto murado, de la sucesión de torres y de palacios, punto menos que en abandono. Espectáculo de algo mortecino, si no muerto, pero que ofrece ejemplo muy vivo, muy claro de lo que es ese mal tan genuinamente español del absentismo, origen de tantos estragos en campos y ciudades, y de tantas ruinas de peculios.

Los dueños de las hermosas viviendas, lo son también de la gran propiedad, de la mayor porción de la tierra de la provincia; tierra y ciudad que antes habitaban y mejoraban y embellecían. Se gastan ahora, por caso general, rentas ó capitales, de muy distinto modo, y por de contado lejos de la tierra y á espaldas del arte. Cuanto al olvido de la tierra, se nota de poco acá alguna rectificación de conducta, no enteramente valiosa, pues lo es muy relativamente el limitarse á visitar y disfrutar cotos de caza, pero por algo se empieza; aparte de que no faltaban, y ahora aumentan, quienes no sólo viven de las tierras, sino que las habitan y mejoran. ¡Cuánto cabe hacer en las vastas extensiones que recorriamos por la mañana ó en las que aquella tarde contemplábamos desde el observatorio del Instituto (1), extendiéndose por un lado hasta la divisoria de las sierras, por otro hacia poblado que apenas se ve y que es la también histórica y también valerosa Trujillo! Veíamos los lugares que cruzaba la famosa Vía Lata de Mérida por Cáceres á Salamanca, largo recorrido señalado por miliarios. En el mismo Instituto conservan algunas antigüedades, lápidas con inscripciones, de las que en tanto número se han descubierto y de que escribieron Viu en sus conocidas *Antigüedades de Extremadura*, y tantos otros (2). Puede decirse que para el arte es en Extremadura más interesante el subsuelo que el suelo mismo.

(1) Quedé consignado que, recorriendo el Instituto, cuando subímes á su observatorio, admirable punto de vista, pudimos notar en aulas, gabinetes y biblioteca (ésta, sobre todo, importante) cuánto es el inteligente celo del Director del Instituto.

(2) Es curioso folletó uno titulado *Nota á las antigüedades de Extremadura*, de D. José Viu, por Felipe L. Guerra. Reimpreso en Coria, 1865.

Salimos del recinto murado por el Arco del Socorro, y siguiendo la carretera, pudimos observar los restos de la muralla, y adelantándose á su línea, un torreón octogonal, fuerte construcción de aparejo más que menudo, pues á trechos descubre tierra amarilla, cubierta, aun ahora, en la atmósfera helada, de misera vegetación de hierbajos. Y aún recorrimos, de noche ya, la parte moderna de la villa y llegamos al paseo de Cánovas. Trabajo costó ante este nombre negarse al comentario político, para no faltar ni en poco (y por poco se empieza) al propósito de apartar de nosotros cuestiones que no dicen bien mezcladas con las que eran nuestro solo objeto.

Del paseo de Cánovas, á la sazón solitario (no era jueves ni domingo), volvimos á la plaza, donde en la capital extremeña, como en las castellanas, bullían las gentes bajo los soportales á esa prima hora de la noche...

Los cuerpos pedían algún reposo y algo de refresco, y hallamos ambas cosas en el Casino, visita ajena á nuestras aficiones, pero que nos dió ocasión de conocer personas muy obsequiosas y amables, y de reconocer el buen gusto y la comodidad de aquella instalación. Parecía que quedaba á gran distancia de lugar, no sólo de tiempo, la Cáceres histórica de nuestras observaciones.

¡Qué lástima no haber podido detenernos más pensábamos y decíamos, al expresar nuestra gratitud á los Sres. Valhondo, Castillo, Posse y otros que nos acompañaron y atendieron!

III

Había ocurrido todo hasta aquí con perfecta normalidad, sin la menor peripecia.

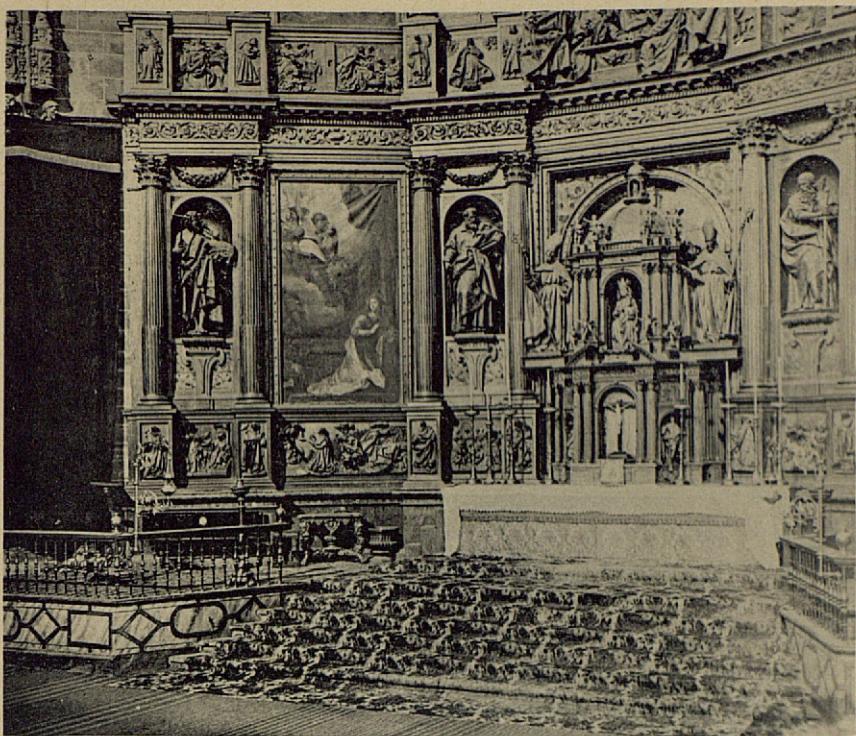
Faltaría algo, á mi ver, para el mismo éxito de la excursión, si, como comenzó y siguió, hubiera concluido. Pero, en fin, hubo también, para que no faltase nada, su poquito de peripecia. En Plasencia, empalme, había que esperar tres mortales horas por el tren que nos llevara á Plasencia, ciudad. Y por añadidura eran las de espera las horas menos gratas: de la media noche á las tres de la madrugada (perdonen el meridiano Greenwich y don Eduardo Dato el modo de señalar), ítem más el siempre probable retraso. Pero antes de salir de Mérida había tenido nuestro Director la previsión, muy acertada, de telegrafiar para que en Plasencia, empalme, nos esperasen coches; de allí á la ciudad hay hora y media de camino. Adelantábamos, pues, la llegada y nos librábamos de la espera. Pero no contábamos con que había que andar á pie cosa de un kilómetro, por estar aquel camino punto menos malo que varias carreteras de los alrededores de Madrid.

Era una noche como sólo las hay en Enero de frías y de serenas. Multitud de constelaciones, de mundos siderales, brillaban muy en lo alto, sobre fondo de azul intenso, del más aterciopelado matiz. Lo glacial de la atmósfera que nos penetraba, parecía alcanzar á las luminarias celestes. Algo de luna, poco que fuera, hubiera convertido aquélla en una noche incomparable. El camino era incierto y no fácil; pero con todo, nuestra preocupación mayor era el Chantre de la Catedral, que en vez de limitarse á mandar los coches, había venido en persona á buscarnos. Nos contrariaba tanta amabilidad y tamaño sacrificio. Y era que no conocíamos al señor Chantre de la Catedral de Plasencia.

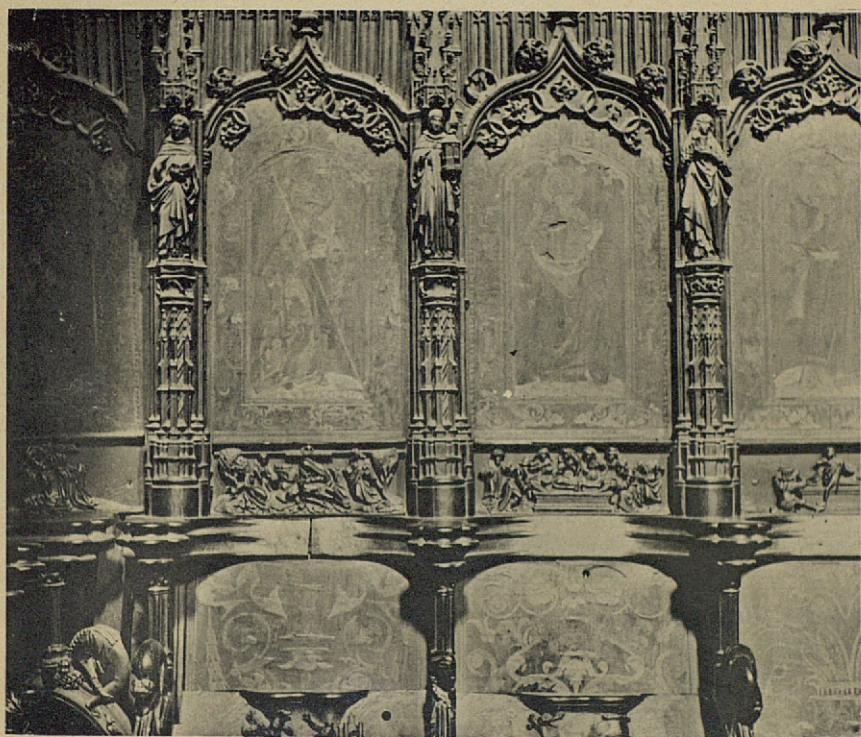
Según se nos iba mostrando, cedia la preocupación, y seguramente que D. José Benavides recuerda aquella buena noche, con el mismo gusto que nosotros. Ni un punto desapareció el buen humor. Después de todo, y como convinimos, ninguna noche mejor para andar así al raso: hay que saber que era la noche del 5 de Enero y que la hora era la propia para salir á esperar á los Reyes Magos.

Tomados los coches, salvamos pronto, á todo correr, las dos leguas que hay á Plasencia, donde nos esperaba grato y cómodo hospedaje. Por cierto qué lo primero que supimos al entrar en la hospedería, fué que los Reyes Magos habían pasado ya por Plasencia; al lado del balcón, había porción de zapatitos puestos de menor á mayor, en hilera, y tenía cada uno su pequeño envoltorio; los dones de los Reyes, ciertamente ni con mucho tan hermosos, como los que entonces estarían viendo, en sueños, los amos de los zapatitos que tanto nos interesaban.

Plasencia es, sobre todo, la Catedral. Pudo un tiempo compartir accidentalmente la principalidad el Alcázar; pero de eso quedan efímeras remembranzas, como de las luchas en que tanto se distinguieron aquellos Obispos placentinos de tipo bélico, de cuyo recuerdo no están sólo llenos los anales y las memorias. Por de contado que lo están las de los naturales, acción persistente del influjo tradicional que perdura. ¿Qué habíamos de hacer en cuanto nos levantásemos, sino salir en busca de la Catedral? ¿Á dónde habíamos de encaminar nuestros pasos sino á donde nos llamaba, tanto como nuestras aficiones, el campaneo incesante? ¿Son, después de todo, para otra cosa que para ir á la Catedral y para venir de la Catedral (aparte vulgares y corrientes aplicaciones de la vida), las calles de Plasencia? Hallamos al término de nuestro breve camino un caserón inmediato al templo, un caserón que por su aire y aspecto diputamos desde luego Palacio Episcopal. Y lo era efectivamente, según supimos de labios de una mujercita cenceña, chiquita, vestida de negro, la mantilla negra de paño con franja de terciopelo, de ojos muy negros y tristes,—lo parecían más en semblante bajo de color,—que nos miraban fijamente, mientras con voz algo gangosa y acento muy pausado, decía la mujer:—Sí, ese es el Palacio del Sr. Obispo de Plasencia, un sabio, un santo y un valiente.—Dimos sonrientes á la buena placentina las gracias, y entramos en la Catedral. Está su mayor interés en que realmente sean dos, aunque formando en la planta una. Por dicha, no se derribó sino en parte la Catedral antigua para construcción de la nueva; según ésta se prolongaba, iba aquélla cayendo, y así ha quedado la muestra de ambas: la vieja, del siglo XIII, pero de visible carácter románico los capiteles, fenómeno que también ofrece el claustro y que muchas veces tuvimos ocasión de apreciar varios de los presentes en las iglesias gallegas de la misma y posterior época, donde tanto coexiste con las líneas del ojival la ornamentación románica; la nueva amplia y hermosa en su única nave, ya de la decadencia del gótico. Su gran mérito, si hubiera alcanzado la iglesia todo el desarrollo del plan, sería el de la magnitud y grandiosidad de proporciones, que la colocarían entre las primeras catedrales españolas. La iglesia nueva y la vieja están separadas por un muro, pero con puerta de comunicación interior, y es impresión muy interesante la que causa cerrar los ojos en pleno siglo XIII y abrirlos en pleno final del XV; lección de cosas, como ahora se dice, muy útil en el aprendizaje del arte, nunca ciertamente bastante aprendido por los que no somos sino devotos, aunque en la presente ocasión acompañados de profesionales.



DETALLE DEL RETABLO



T. PÉREZ OLIVA, FOT.

Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

DETALLE DE LA SILLERÍA DEL CORO

CATEDRAL DE PLASENCIA

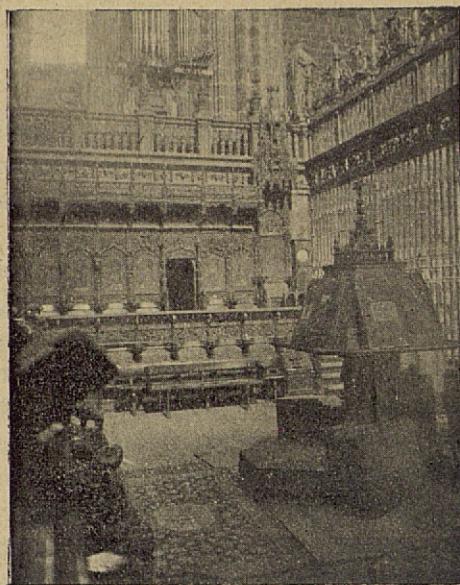
Más que la arquitectónica, hay que admirar otras manifestaciones de arte en la Catedral placentina. Por ejemplo, el altar mayor, clásico, de tres cuerpos, buena proporción y traza todo él y con notables estatuas de Gregorio Hernández y cuadros de Francisco de Ricci, la reja atribuida á Celma y, sobre todo, las tallas de la sillería, obra excelsa del maestro Mateo Alemán. Sólo por ver ésta es muy de recomendar la visita á Plasencia.

Momento de gran interés y singular atractivo, ese de transformación, en que la arquitectura decae y brillan las artes complementarias, para adorno y embellecimiento de la fábrica arquitectónica, pero cada vez con mayor independencia de ella. No son ya los imagineros de la Catedral medioeval que poblaban de figuras las portadas y adornaban los capiteles y enriquecían lo interior y lo exterior del templo con dobleces, pináculos, adornos que eran con la fábrica una cosa misma; estos artistas y estas artes que se emancipan, que por lo menos no se confunden ya en el todo de la Catedral, sino que dentro de ella viven por si y alteran y descomponen la anterior completa unidad, conservan, con todo, mucho del fecundo espíritu anterior, del que inspiraba á los imagineros medioevales. Y principalmente parece que recogen esa inspiración los entalladores para prodigarla en obras llenas de espíritu de movilidad, afición á lo grotesco y carácter naturalista, rasgos propios del góticismo, analizados por Ruskin, que se transmiten á los primeros artistas del Renacimiento.

En el periodo de este nombre, el arquitecto va haciéndose cada vez más matemático, ateniéndose más y más á la proporción clásica, á la interpretación poco fiel de Vitrubio; pero no puede emanciparse por completo y de un golpe, y el elemento tradicional subsiste, siendo producto de las dos influencias los primores del plateresco, exentos ya de la libertad de inspiración y movimientos, del arte que les precedió, ateniéndose ya á invariables cánones y fijas medidas, pero en medio dc su precisión y regularidad, respondiendo al pasado por lo rico, lo exuberante y lo profuso del adorno; ahí está, ejemplo en piedra, la fachada del Enlosado de la Catedral placentina.

La talla—sobre todo si no es el dibujo geométrico,—si es la representación por figuras, deja mucho campo á la invención, no limitadas las formas, en libertad el artista para expresarlas. Así el maestro Mateo Alemán, tan inspirado en la concepción y en el desempeño. A veces, parece que asoma en él algo de la inspiración burlona y extravagante del Arcipreste de Hita, intención satírica, expresión viva y gráfica que excita franca risa, más que por lo gracioso del asunto, por lo mortificante de las alusiones á cosas, personas e institutos que, sobre todo, en tan sagrado lugar, parecían pedir otras consideraciones y respetos. ¿Cómo se le había de ocurrir tal, si usara de su libertad de artista, con el criterio de nuestra época, que llamándose y siendo de libertades, cohibe ó *condiciona* grandemente las artísticas? ¿Cómo se le había de ocurrir poner á la pública vergüenza los cantores de iglesia, presentándolos metidos en pellejos de vino al entonar su salmodia? ¿Ni cómo ofrecer cuadro como aquel otro en que predica la zorra y son los fieles las gallinas, ejemplo verdaderamente original de catequesis? Ni digamos lo que tiene de profano el tablero que presenta la suerte del toreo y recuerda otro de toros con maroma, de la Catedral de Sevilla. Pero sobre todo son para omitidos en el comentario, los obscenos, más en número y mayores en obscenidad en la sillería de León que en la de Plasencia, y que en ésta y otras sillerías esco-

gen al fraile (1) para zaherirle, como lo hacen hoy á veces las plumas, substituyendo con desventaja á los buriles. No se tache al artista, que no es él, no es el hombre, no es el capricho individual, es expresión del sentir colectivo de una época, cuyos rasgos recoge y cuyos gustos halaga. Se extrañará en tiempos de fe viva y en lugares y en objetos dedicados al fin religioso, y si no de extrañeza, da motivos de análisis muy interesante esa libertad y esa sinceridad artísticas, que pican en atrevimiento, y hacen más que rayar en desenfado. Por lo demás, el artista expresa, como en las veras en las burlas, lo que tiene dentro de sí, lo que está en el ambiente, lo que es la preocupación de la época, lo que, dando argumento, contenido y substancia á la vida, lo da, sobre todo, á la creencia; pero también en el cuarto de hora rabelesiano de la sospecha, de la duda, de la mala pasión, lo da á la chansoneta y á la burla, propias del carácter observador de la época y del espíritu burlesco de la raza.

PLASENCIA.—*Coro de la Catedral.*

(Fotografía del Sr. Lampérez.)

Pero, ¡válganos Dios y en qué estado de deterioro tienen la sillería! ¡Cuánta figura y adorno mutilados! ¡Qué poco respeto á lo interesante de los pasajes, á la integridad de la obra! ¿Será por lo que á los ojos de los encargados de su conservación y limpieza, padece la integridad de la moral, con tales representaciones pecaminosas, por lo que ponen sobre ellas y así las mutilan, sus pecadoras manos? ¿O será simplemente resultado de la general incultura, ya que sin ella faltan condiciones para el cuidado y manejo de todo arte, incluso el de la limpieza?

¡Bendito polvo, telarañas benditas de muchas viejas iglesias, de cuánto arranque de limpieza brutal y desconsiderada, preserváis á los objetos de arte! El cabildo actual de Plasencia no es de creer tenga culpa en el maltrato, por las referencias que oímos. A bien que siempre cabe aquello de la ca-

(1) El muy interesante estudio de D. Enrique Serrano Fatigati sobre sillerías de coro españolas, se refiere, detallándolas, á varias de esas curiosas y atrevidas representaciones.

nóniga buena, etc. El Deán, castellano viejo, es del corte y traza de los Deanes de antaño, de buena cepa, de señoriles hábitos y, además, versado en historia, conocedor de arte. ¡Lo que tanto escasea, lo que tanto es menester en los cabildos, lo que debiera ser condición indispensable para formar parte de ellos! ¡Hubiera muchos como el Deán y como el Chantre! (1). D. José Benavides, nuestro guía en el dia aquél y en la noche famosa de la víspera, es un antequerano que se conserva tal á pesar de veinticuatro años de estancia en Roma, donde no tomó, es verdad, lecciones de acento, pero sí de arte, y muy aprovechadas y valiosas, y esta gran preparación y sus indagaciones y estudios constantes, hacen muy deseable la publicación de su *Guia de Plasencia*, que será beneficio para el pueblo, ventaja para el arte y satisfacción para cuantos sientan amor á éste y tengan afecto ó guarden buen recuerdo de aquél, como á nosotros ocurre.

Es de mucho interés la sala capitular (2), denominada impropiamente la Torre del Melón, con su cúpula sobre trompas, planta cuadrangular y aspecto que, en lo exterior principalmente, semeja algo á la Torre del Gallo de Salamanca, aunque sea menor su importancia, y no tan cabal y bello el conjunto.

Desde la plaza enlosada, que da nombre á la puerta (delante de la que se abre), no sólo se repará y observa el exterior de la Catedral, su planta y aspecto, sino que se disfruta la vista de campiña accidentada y pintoresca.

Entre las curiosidades que conserva la Catedral, aun siendo muy modesta, hay que mentar una Biblia del siglo XV, con miniaturas de preciosa coloración y dibujo, guardada en caja ó estuche de cuero de Córdoba, un cuadrito que se atribuye al divino Morales, y un viril, donación de D. Juan de Carvajal, Cardenal de Sant Angelo, de fines del XV. Según nos decía el Deán, señor Escobar, el inventario, mal hecho y todo, permite apreciar cuánto se ha perdido, siendo á ello parte el abandono de los propios y la codicia de los extraños, y las facilidades que dieron á todos, las guerras y las discordias civiles, tan agitadas alrededor de esta Sede Episcopal. Encontraban en ella las facciones mantenimiento y provechos, género de complicidad que completaba el amparo de la Naturaleza, el abrigo de los montes, apoyo y defensa del muy nombrado cabecilla Sánchez. No es de extrañar se mantenga vivo su recuerdo, pues al fin es de ayer, donde todavía se mienta con expresión viva de horror á doña María la Brava, la de la Vera, aquella Carvajal y Monroy, burlada en amores y convertida, por el desengaño de amor y para todo capricho amoroso, en fiera; pues con su natural seducción, atraía los hombres, y su instinto natural y depravado, para que nadie después de ella los conociese, les daba muerte inmediata.

Esas eran nuestras pláticas, entreverados arte, historia y leyenda, mientras corríamos Plasencia y sus alrededores y contemplábamos residuos de viejas murallas á un lado, y á otro barrancos de paisaje, que recuerda mucho el de Toledo. Se prolongó el paseo hasta la iglesia de San Lázaro, donde nos enseñaron un altar de azulejos, llamado de los zapateros, muestra-

(1) De sus méritos pueden juzgar los lectores por el trabajo que dedica al BOLETÍN.

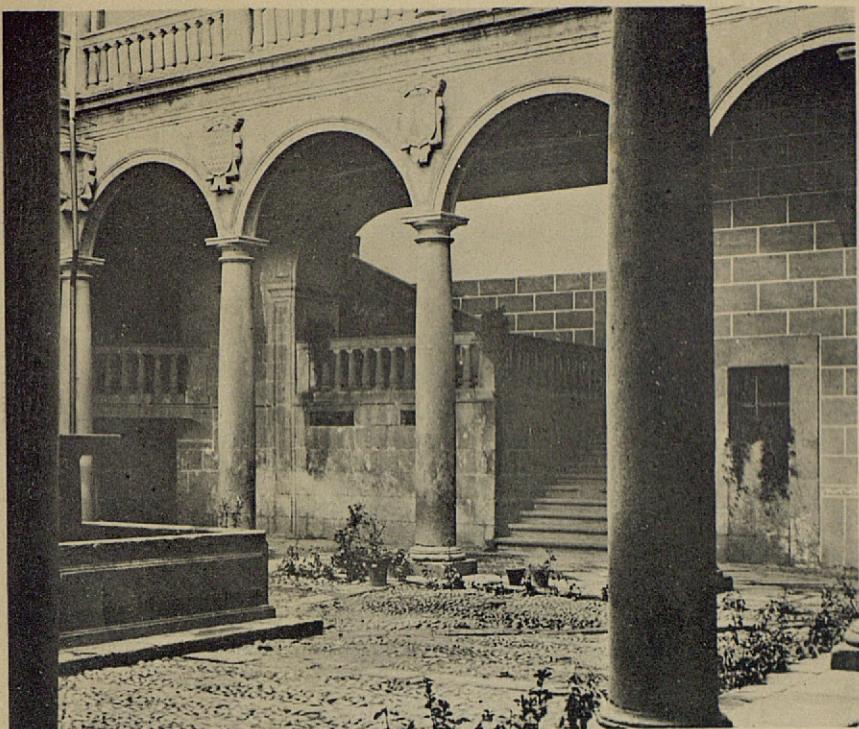
(2) Véase en el BOLETÍN DE LA SOCIEDAD DE EXCURSIONES el estudio del Sr. Lampérez sobre la antigua sala Capitular. El referirme á tan autorizada exposición aconseja omitir aquí varios detalles. También deben leerse en el BOLETÍN los artículos del mismo autor sobre *El bizantinismo en la arquitectura cristiana española*.

rio de zapatería é imagen del patrón del gremio, San Crispín. Es mejor el retablo de la sacristía de San Vicente, con las figuras del Redentor y del santo titular y escudos de la orden dominicana y de las casas de los Zúñigas y Pimenteles, muy lindo; sobre todo, lo ornamental. Por cierto que en San Vicente, es muy notable la escalera, no sólo por amplia y hermosa, sino por atrevida en la construcción al aire de sus arcos majestuosos y originales. Y falta citar el gran palacio de Mirabel, con su torre de admirables vistas, patio elegantísimo de muy buen estilo y conservación, gran escalera y estrado y piezas que adornó fastuosamente uno de sus señores, un Dávila, si no recuerdo mal, con obras de arte traídas de Italia, de que se contaban maravillas.

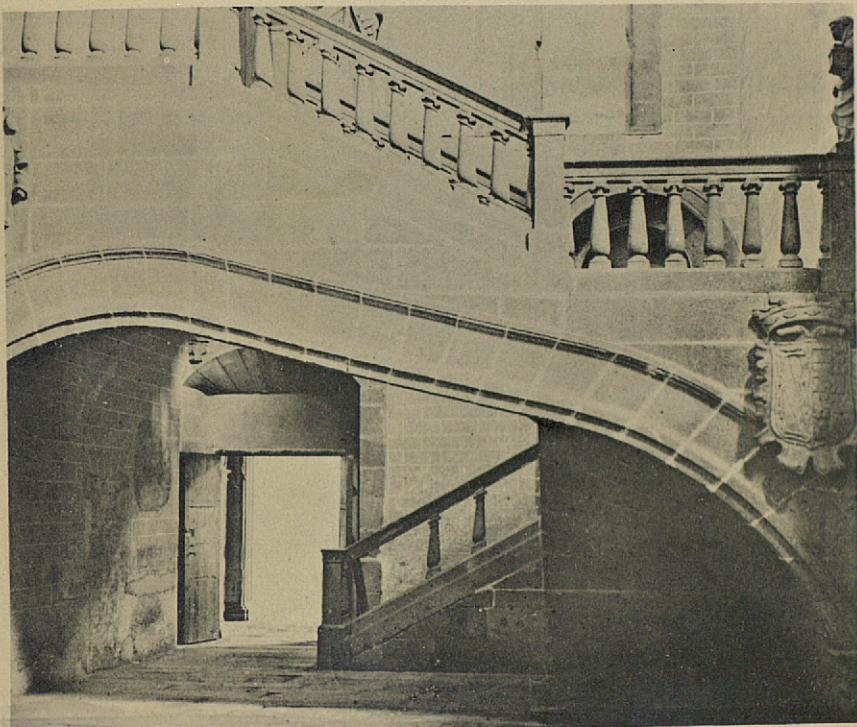
Bien mereciamos algún descanso; pero á fe que no se nos pasaba por las mientes que lo habíamos de encontrar tal y tan grato, como nos lo deparó la cortesía de la señora de Gregorio, viuda de Delgado, y de sus amables hijos. Ya nos había acompañado buen trecho el mayor de ellos, D. José, agricultor y ganadero, entregado por completo al cuidado de la hacienda, pero aficionado á todo buen saber, incluso al gay saber, de que nos hablaba ¡y en qué ocasión y momento! cuando se recibía, apenas llegados á su casa, noticia de la gravedad extrema del poeta Gabriel y Galán, el cantor de la vida, de que aquel interior de hogar extremeño, nos ofrecía perfecto cuadro. Las poesías castellanas de Galán basta leerlas: las extremeñas hay que oirlas; y oirlas allí, en plena región, y dichas por quien practica aquella vida y conoce el habla, é interpreta y matiza con el verdadero acento de la tierra, el sentido y el carácter de la poesía que la describe y canta.

Fué el primer homenaje al poeta, que á tal hora había partido ya á vida mejor, desde su casa de Guijo de Granadilla. Modesto y todo, fué el homenaje, más pronto, y sin duda el más sentido, y desde luego el más espontáneo, porque en aquel coro de lamentos, mezclados con alabanzas, las mayores no eran para el poeta, sino para el hombre, aunque, como decían allí, el poeta y el hombre eran enteramente uno mismo, trasunto exacto el decir de aquél del sentir de éste. En sus composiciones, la verdad avalora la belleza, y ambas buscan el bien y lo inspiran con la mayor inspiración, que es la del ejemplo. El hombre trasciende en la poesía, vivida antes que escrita, y vuelta á vivir al escribirla él y aun al leerla aquellos que la conocen y comprenden, sin el esfuerzo que necesitan los extraños, los de fuera, que la juzgan afectada y convencional, sin notar que el convencionalismo y la afectación están en ellos mismos.

Iban así, en aquellos felices días, nuestros pensamientos, del arte á la poesía y de la poesía al arte, sin salir un punto de los linderos de la belleza. Después de tomar, en casa de los señores de Delgado, leche, llena de aromas y cubierta de espuma, con lo que, además de ver y de oír, pudimos *gustar* la vida del campo extremeño, recibimos una sorpresa al entrar, invitados por el Chantre, en su casa, para ver la muy curiosa colección de objetos de arte pagano y cristiano; inscripciones romanas, románicas imágenes, ventanales góticos, cubren las paredes del pequeño patio, y en la casita, modesta y sencilla, apenas si caben los privilegios rodados, que tiene en gran número, los nobiliarios, de ellos muy notable el de Carvajal, del tiempo de los Reyes Católicos, original interesantísimo. Hace revivir aquello la presencia y la explicación del buen Chantre, todo espontaneidad, locuacidad, movilidad, condiciones de que, sin duda, usa á maravilla para sus empresas, según los mila-



PATIO DEL PALACIO DEL MARQUÉS DE MIRABEL



T. PÉREZ OLIVA, FOT.

Fotografía de Hauser y Menet. - Madrid

ESCALERA DEL CONVENTO DE S. VICENTE

PLASENCIA

gros que hace en la rebusca y colección de objetos y vestigios de arte de todo género, aprovechando la experiencia y el gusto italiano para la selección, la movilidad andaluza de su espíritu agilísimo, para las investigaciones, la locuacidad é inventiva para los tratos.

Madrugamos al día siguiente. Antes de emprender el viaje de regreso queríamos volver á la Catedral. Siempre queda algo no visto; siempre hay en lo visto detalles nuevos que apreciar. Notamos así la buena labor de otra reja en la capilla de San Juan, y sobre todo, *repasamos* el coro, los tableros de taracea, con sus imágenes serenas; los admirables relieves de religioso asunto y carácter, y en contraste con esto, los alardes de inspiración maligna que semejan burla ó mueca diabólica, curiosísimo dualismo nunca bastante analizado. Saliendo por la nave antigua de la Catedral, solitaria y obscura, corrimos á tomar los coches y el tren que nos volviese á Madrid. ¡Ojalá, libres de quehaceres que nos solicitaban, y propicia la estacion, que no lo era, hubiéramos podido prolongar la excursión á Yuste! Quedé así este vivo deseo como prenda de nueva visita.

Desde Plasencia vinimos de un tirón. Ni dan tiempo para almorcizar. Hubo que substituir el almuerzo por mala y cara merienda, tomada en Talavera. Esta población, que desde la vía no ofrece aspecto interesante, y el palacio y castillo de Oropesa, muy bien colocado y de muy buena traza, fué lo único que interrumpió la simpática y para nosotros conveniente monotonía del viaje. Harto llevábamos cambiado, en el sucederse de vistas, de accidentes y de impresiones, que ordenaba nuestro recuerdo, mientras cruzaba el tren llanuras interminables. Único encanto, que no quitaba á esa reconstitución interior—el exterior constantemente igual ayuda más bien—era el sol, un soi fuerte, espléndido, que inundaba de claridad los espacios, sin tropezar con obstáculos él, ni la vista con accidentes. Líneas de noble simplicidad ofrecían marco propio á un cuadro todo luz, todo visión de claridad, que no ilumina, sino deslumbra, y sin duda explica la condición y carácter de una raza condenada á indiferencia y quietismo, ó á desvarío y ensueño.

Mal que bien, he llegado al término de la tarea, no fácil para pluma que lleva mucho tiempo de estar quieta, ó, lo que es peor, de moverse sólo para redactar preámbulos á dictámenes de comisión de presupuestos.

EL MARQUÉS DE FIGUEROA.

Madrid, 23 de Enero de 1905.



Nota que facilita D. José Benavides,

Chantre de la Catedral de Plasencia, á los señores de la Sociedad Española de Excusiones, que visitan los principales monumentos de esta ciudad, hoy 6 de Enero de 1905. ⁽¹⁾

CATEDRAL ANTIGUA

Empezó á construirse en el último tercio del siglo XIII, en tiempo del señor Obispo D. Domingo Jiménez, Chantre y Deán que había sido de esta Santa Iglesia. Los arquitectos que la comenzaron, terminando sólo la capilla mayor, capilla de San Pablo (sala capitular antigua), la parte meridional y occidental del claustro y la fachada principal, hasta la clave de la puerta, fueron el Maestro Remondo, primero, y Maestre Gil de Eisbi (ó Eisli), después. Este construyó la ermita de la Coronada, cerca de Trujillo, antes de venir á Plasencia.

En 1328 continuaban las obras los Maestros canteros Diego Díaz y Juan Pérez.

En 1380 trabajaba Juan Francés; después construyó una fuente en Guadalupe.

En 1412 trabajaban en la Catedral Pedro Alfonso y Lázaro López, canteros.

Desde 1416 al 1418, fué Maestro de obras en las grandes restauraciones y obras de seguridad que se hicieron en la parte meridional de la Catedral, el Maestre Asoyte ó Aseite, moro.

En 1425 era Maestro de obras Juan García.

En 1437 y 38, nuevas restauraciones en las bóvedas del claustro, por el Maestro Pedro Ximenes, á expensas del Sr. Obispo D. Gonzalo Santa María, siendo mayordomo de fábrica D. Gonzalo Gutiérrez de la Calleja, Chantre de esta Santa Iglesia Catedral.

En 1486 se amplió la capilla mayor y se abrieron dos arcos laterales que la ponían en comunicación con las naves; fué Maestro cantero Pedro Gonzalo ó Gonzales, que ya había dado testimonio de su pericia y maestría en la construcción del Puente del Cardenal, mandado construir por el Cardenal D. Juan de Carvajal, Obispo de esta Santa Iglesia Catedral.

Campanas.—Se fundió aquí la conocida con el nombre de *Alta Clara* y se le pusieron asas nuevas á la llamada *Camacha*, en 19 de Abril de 1409, por Maestre Juan, Maestre Guillermo, y les ayudó Alfonso Ferrandés de Béjar, campanero.

(1) Esta interesantísima «Nota» fué redactada por el señor Chantre de la Catedral de Plasencia, Ilmo. Sr. D. José Benavides, sin otro objeto que el de sintetizar en pocas líneas la historia de los monumentos de aquella ciudad y los nombres de los principales artistas que los levantaron. No estaba, por lo tanto, destinada á la publicación; mas el grande interés que contienen los datos suministrados por el ilustre historiador de Plasencia, nos mueve á darle lugar en las páginas del BOLETÍN, desde las cuales enviamos al Sr. Benavides la expresión de nuestro agradecimiento.—(*Nota del Director de la excursión.*)

Maestros carpinteros.—En 1406, Bartolomé Martín.—En 1410, Adolhasis.—En 1414, D. Adarramen, moro.—En 1460, Ayma, moro.—En 1464, Mahomad Bejarano y Zalama Provecho, moros.—En 1468, Rodoan, moro.—En 1471, Abdalla Bejarano, moro.—En 1480, Hazis, moro. Todos trabajaron en la Catedral vieja.

Pintores.—En 1402, Alvaro García.—En 1424, Maestro Salvador pintó las hermosas tablas que estaban en el altar mayor.—En 1394, vivía otro pintor en Plasencia, cuyo nombre no se menciona.—En 1468, Juan Felipe y Ferrant Gallego.

Escriptor de libros corales.—Con letras iluminadas, Alonso González, que trabajaba en los libros de esta Santa Iglesia en 29 de Noviembre de 1407.

Joyereros.—En 1470, Zalama, moro.—En 1477, Francisco de Toledo.—En 1480, Francisco Platero; éstos construyeron las preciosas joyas que tenía la Santa Iglesia, y entre ellas las artísticas andas de plata en que se colocaba el hermoso viril, que regaló el Cardenal D. Juan de Carvajal, obra de admirable mérito, construido en Italia.

CATEDRAL NUEVA

La nueva Catedral se empezó á construir en 1498; se confiaron los planos y ejecución á Enrique Egas.—En 1516, eran los Maestros Arquitectos Francisco Colonia y Juan de Alava. Diferencias entre éstos, hizo que el cabildo confiara la dirección sólo á Alava. Falleció éste y se confió la dirección de la obra á Alonso Covarrubias; le siguió el Maestro Siloe, y cerró la bóveda y terminó la fachada septentrional, Rodrigo Gil de Ontañón. La fachada de Mediódia se debe á Covarrubias.

Aparejadores ó directores de las obras en ausencia de los anteriores, Juan Correa, Martín de la Rieta, Picado, Juan de la Maza ó Mozas y otros.

Maestros canteros.—Con aptitud para dirigir las obras, Francisco González, Selórzano, Diego González y otros.

El domingo dia 2 de Octubre de 1558, se celebraron en la nueva Catedral las honras por el Emperador Carlos V, y definitivamente se consagró al culto, el dia 22 de Mayo de 1578, festividad del *Corpus*.

Sepulcro del Sr. Obispo Ponce.—Se empezó á construir en 1574, por Mateo Sánchez de Villaviciosa, Maestro cantero, Arquitecto, tracista y agrimensor; aprobó la traza y plano Ambrosio de Morales, por delegación del sobrino del Sr. Obispo, que era testamentario.

Altar mayor.—Se mandó construir en 1624 con el legado que para este fin dejó el Sr. Obispo D. Pedro González de Acevedo; las esculturas son del célebre artista Gregorio Hernández; los ensambladores fueron los hermanos Juan y Cristóbal Velázquez, todos vecinos de Valladolid.

Por otra donación que hizo el Sr. Obispo D. Diego de Arce en 1646, se doró y estofó el retablo en 1652, por los pintores Luis Fernández, Mateo Gallardo y Simón López. Los cuatro cuadros fueron pintados por el tan conocido Francisco Ricci, costeados también por el Sr. Arce.

La verja del coro.—Se empezó á construir en 1595 por Juan B. de Celma; parte de ella es la que en 1554 mandó hacer en Toledo el Sr. Obispo D. Gutiérrez Vargas de Carvajal.

Sillería del coro.—Se empezó á construir la sillería alta en 1460. En 7 de Junio de 1497 se concertó con Rodrigo Alemán, entallador, la construcción de las dos sillas de los cabos del coro por 30.000 maravedís cada una, con la obligación de que se construyesen una sola al año, trabajando constantemente él y otros seis maestros más. Esta sillería se colocó en el coro de la Catedral vieja. En 27 de Marzo de 1503, aún no se había terminado toda la sillería; en este día se autorizó á Rodrigo Alemán para ir á Ciudad-Rodrigo á continuar las obras comenzadas y que se presentase en Plasencia cuando fuese llamado, por ser necesaria su presencia aquí (creo que entonces se hacia la crestería).

La sillería baja es posterior al año 1556, que fué cuando se colocó la sillería alta en la nueva Catedral; se desconoce hasta ahora, el nombre del que ejecutó esta obra, bastante bien llevada á término, pero inferior á la sillería alta (1).

Imágenes.—Las más notables son dos: la del Perdón, colocada en la Catedral vieja, creo que es del siglo XIII, debida á uno de los primeros Maestros que trabajaron en la antigua Catedral; es de estilo gótico, mejor que otra que hay en Salamanca, muy parecida á ésta; la otra es la del Sagrario (conocida por la de plata); es interesantísima, por su disposición; estilo y época es del siglo XIII; su estilo es francés, pero sin duda es obra española y aun quizás de escuela toledana; está colocada sobre el tabernáculo del altar mayor de la Catedral nueva.

El púlpito.—El de la parte de la Epístola es obra del célebre Jacome Trezzo; el de la parte del Evangelio es una imitación hecha en 1665.

La capilla de San Juan es la mejor que hay en esta Catedral; su verja fué construida en Toledo en 1557 y costeada por el Sr. Obispo D. Gutierre Vargas de Carvajal.

El antepecho del enlosado fué construido en 1594 por el distinguido Maestro cantero Marcelo Sánchez.

El pedestal que hay entre los púlpitos, lo ejecutaron los notables marmolistas, vecinos de Madrid, Miguel y Pedro de Tapia, hijos de Pedro, el año 1656.

Parroquias.—La de San Nicolás tiene un precioso ábside con tres hermosas ventanas ojivales, del segundo período; todo fué costeado por D. Nuño Pérez de Monroy, canciller de la reina Doña María de Molina. El ábside de la parroquia de San Esteban fué construido en 1484 por Pedro Gonzalo, Maes-

(1) Aunque no existen las cuentas, ni cosa alguna mencionan las actas, de la construcción de la sillería baja, puede conjeturarse se deberá á alguno ó algunos de los entalladores y Maestros carpinteros, domiciliados en Plasencia, desde 1542 al 1560; citemos los nombres de los que hasta nosotros han llegado, siguiendo el orden cronológico: Francisco Núñez.—Francisco Rodríguez, Arquitecto y escultor.—Benito Pérez, entallador.—Juan Marcos.—Pedro Serrano.—Antón Martín.—Pedro Bejarano.—Francisco García, entallador, tasó el retablo de Santa María de Cáceres y posteriormente el de la parroquia de Santiago, de la misma villa. Aquí en Plasencia, entre otras obras, ejecutó la magnifica escultura de San Martín, que existe en la parroquia del mismo nombre: Miguel de Córdoba.—Francisco Cobo.—Francisco Mateos.—Francisco González.—Alonso García.—Juan Martín.—Bartolomé García.—Martín Albala.—Manuel de Jaén, entallador, hijo de Francisco de Jaén, platero de renombre en esta comarca.—Gutierre de Santillana.—Luis Rondín.—Francisco Rodríguez, entallador y Arquitecto, construyó el precioso retablo de la parroquia de San Martín, de esta ciudad.—Antonio Rodríguez, entallador, hermano del anterior é hijos del escultor Francisco Rodríguez, antes mencionado.

tro cantero; el de San Martín, en 1519, por el acreditado Maestro Juan Correa, que construyó, en la misma parroquia, la capilla del Dr. Castro.

El convento de San Vicente, se empezó á construir en 1474 por el Maestro Pedro Gonzalo, que había ya construido el Puente del Cardenal; tan suntuosa obra fué costeada por los duques de Plasencia D. Alvaro de Zúñiga y doña Leonor Pimentel. En este convento está la tan admirada escalera (al aire), obra del conocido Maestro Juan Alvarez; se terminó en 1578. El retablo mayor lo doró y pintó Miguel Martínez, pintor de bastante fama, el año 1598.

El Berrocal.—Es la Alhóndiga que fundó en 1548 D. Francisco de Carvajal, abad de Husillos y racionero de esta Catedral.

El Alcázar y muros se construyeron en 1200; trabajaban constantemente 9.000 hombres, y en once meses quedó terminada obra tan notable y grandiosa.

El acueducto se construyó en 1567 por Juan de Flandes.



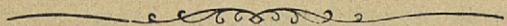
Noticias Arqueológicas y Artísticas.

Las monjas de uno de los conventos de Guadalajara han pedido permiso al señor Prelado de la diócesis para enajenar una alfombra de las llamadas *Persas*, y atender con el producto de su venta á necesidades perentorias de la casa.

Otro objeto artístico y de valor arqueológico que sale de España para enriquecer colecciones extranjeras.



Se proyecta declarar monumento nacional el templo de San Antonio de la Florida, para salvar del deterioro que las amenaza á las célebres pinturas de Goya.



Sección Oficial.

DOMINGO 26 DE FEBRERO

Visita al palacio de la Sra. Duquesa de Villahermosa.
Lugar de reunión: Ateneo.
Hora: diez de la mañana.

DOMINGO 12 DE MARZO

Visita á la casa y colección artística de los señores de Lázaro Galdeano.
Lugar de reunión: Ateneo.
Hora: diez de la mañana.

DOMINGO 26 DE MARZO

Fiesta de aniversario, cuyos detalles se publicarán en el número siguiente.